

La reunión de París

ALBERTO MICHEO

"El reto es considerable. Se trata de sustituir la ley de mercado o la ley del más fuerte, que con frecuencia resulta la misma, por alguna forma de política de ingresos a escala planetaria. Dado que esta clase de política ha encallado dentro de los países, es mucho más difícil, sin duda, instituir la en escala mundial. Pero, por otro lado, sería demasiado ilusorio creer que la economía mundial puede continuar funcionando largo tiempo en un clima de injusticia tan estridente". (Le Monde, 3-9 de abril de 1975).

Ha abortado la "Conferencia de París". Con retiradas teatrales, por cierto. En apariencia externa, todo el acontecimiento tenía visos de un juego teatral. Por un lado, un gran escenario histórico. Impresionante aparato publicitario. Noticias diarias del proceso de las deliberaciones, etc. Por otro lado, un contenido aparentemente ridículo: la determinación de la fecha, los integrantes y la agenda de "otra conferencia". Dentro de este contexto, el acto final se cierra con una solemne, indignada retirada de la escena nada menos que del delegado de USA. Como era el protagonista, el resto de los actores nada tienen que hacer. Se retiran también mientras descende el telón. Señoras y Señores, la conferencia preparatoria de un trascendental encuentro entre los países desarrollados y los sub-desarrollados ha abortado.

Este ha sido el aspecto externo del acontecimiento. Sin embargo, se escondía detrás el fantasma del drama real del mundo actual. Bien serio y trascendental, por cierto. ¿Qué es lo que se escondía detrás de las "bambalinas"? La cita de Le Monde, con que iniciamos el artículo, lo expresa con claridad. Y añadimos más. Ese cambio de las relaciones económicas significaría la transmutación de posiciones políticas en las fichas del tablero mundial.

LA TRAMA

Conocemos las posiciones de los personajes del mundo actual. Un grupo de países llamados desarrollados en situación y poderes privilegiados. Y una serie numerosa de países sub-desarrollados con pocas capacidades de movilidad y de poder, a sus órdenes incondicionales. Carne de cañón en caso de agresión externa y alimento para las necesidades de su dieta diaria. Como las figuras y los peones de un tablero de ajedrez. Todo, aparentemente, en perfecto equilibrio.

En 1974 cristaliza lo que se podría llamar la rebelión de un grupo de peones. Un grupo de países sub-desarrollados, asociados en la OPEP, se deciden a poner condiciones a las grandes figuras. Sorpresa.

Lo que nadie había previsto resulta verdad. El Rey Kissinger y las Reinas privilegiadas intentan romper esa unidad. Ellos conocen la táctica del "divide y vencerás". Más tarde ponen en práctica la táctica de reducirlos por hambre: bajar las compras de su petróleo. Para ello reducen el consumo interno prefiriendo que su propio pueblo sufra desocupación por un corto tiempo, en espera de que los peones cedan antes. Mientras tanto, van preparando un sustituto del petróleo formando la "Asociación Internacional de Energía". Toda una estrategia. Así se lucha durante todo el año 1974.

En marzo de 1975, conferencian los peones de la OPEP en Argel. Los grandes esperan una división y piden volver a sus tradicionales posiciones. Prometen ser generosos con su travesura. El resultado de la reunión de Argel los desconcierta más. Los rebeldes se afianzan y suscriben los principios para continuar la batalla. Francia, más astuta y maternal, propone un arreglo por las buenas. USA asiente a regañadientes. Y se decide preparar el encuentro de paz en un encuentro que tendría lugar en París. Esta preparación es la que acaba de abortar.

CONTENIDO DE LOS PLANTEAMIENTOS

Los poderosos quieren "ir al grano". A su grano desde luego: la cura del problema concreto del petróleo. Los subdesarrollados quieren todo un nuevo tratamiento para su epidemia de muchos granos: todas las materias primas. El admitir esta última pretensión resulta demasiado para los poderosos. Ello significaría el reconocimiento de que podrían dejar de ser peones y consecuentemente los privilegiados tendrían que ceder los privilegios que los identifican en el consorcio mundial.

No es una exageración. La diferencia artificial, impuesta, injusta, entre el valor convenido de las materias primas de los pobres y el de los productos elaborados de los desarrollados es la médula de las diferentes posiciones de poder. De esta base

económica depende la personalidad de los países, como del alimento depende la capacidad global de la persona. Por lo tanto, una revisión del valor de las materias primas con relación a los productos elaborados significa una revisión de las relaciones económicas del mundo, un "nuevo orden económico mundial". Y ello a su vez, un cambio de posiciones de los países en el tablero del mundo. Y en esta revisión los países hasta ahora privilegiados no pueden sino perder. A ello no se resignan. La Conferencia de París demuestra que no admiten ni siquiera el planteamiento del problema. Cuánto menos la solución. Por este filtro debemos pasar el contenido de sus promesas en favor de los subdesarrollados.

Este contenido de los distintos planteamientos es terriblemente real. La interdependencia entre países es una realidad admitida hasta por el mismo Kissinger. No se trata de un concepto abstracto, sino existencial. Y cada día se concreta más. Un país que se aisle totalmente, se empobrece y muere. Y al contrario, un país o grupo de países puede hacer la vida imposible a otros con sólo negarse a vender los productos que les son necesarios. El petróleo es el caso más actual. Tampoco es un hecho nuevo. Con mayor o menor intensidad siempre ha sido así.

El aspecto problemático comienza al establecer los términos de esa interdependencia. Hay una amplia gama de formas posibles. Desde la interdependencia entre amo y esclavo hasta la relación entre hermanos con derechos y deberes iguales en fraternal reconocimiento. Hasta ahora la interdependencia se ha mantenido en términos de amos y esclavos. Todos trabajan para todos, pero unos imponen las condiciones: precio y valoración del trabajo y de sus frutos. Se ha tenido como un "orden natural". Pero hace ya años que este orden natural está en crisis. No es tanto natural cuanto consecuencia de la pérdida en una competencia establecida como norma legal de conducta, y mantenida por una fuerza más o menos admitida.

Las armas de dominación han estado divididas en tres cuerpos: el militar, el económico y el político. En otras palabras: la guerra, el hambre y la presión de un grupo sobre otros. La evolución del mundo ha hecho que, paradójicamente, haya perdido fuerza el arma militar. No porque ha-

ya quedado atrasada, sino porque ha avanzado demasiado. Hoy una guerra puede terminar no ganando nadie; perdiendo ambos por mutua destrucción. Esto favorece a los débiles. Por otra parte, los países hasta ahora supeditados han descubierto el valor de sus armas económicas y políticas: las materias primas y la solidaridad de todos los pobres. Y las han empezado a usar. En el fondo no están inventando nada nuevo. Están ejecutando la misma estrategia que llevó y mantiene a los grandes de hoy en su lugar de privilegio. Están actuando según la vieja norma establecida y admitida de la competencia.

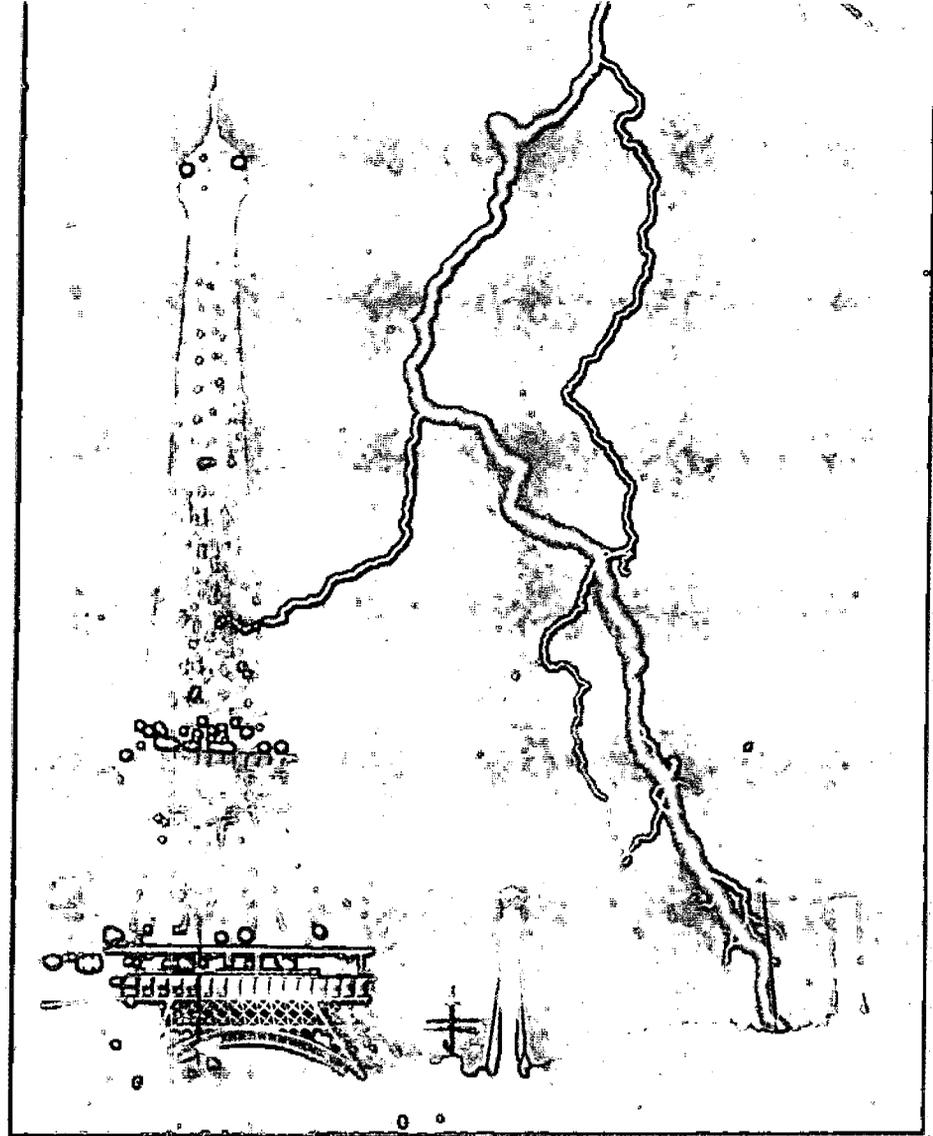
ESCANDALO FARISAICO

Sin embargo, los países dominantes se han rasgado las vestiduras con poses de indignación. Se escandalizan de la acción conjunta de la OPEP como aglutinador de todos los pobres. Le acusan de ser un cartel, de usar el petróleo como arma política y hasta de chantaje. USA comanda esta posición farisaica e hipócrita. Llama la atención esa actitud y ese enjuiciamiento conociendo su forma de actuar en toda la historia. Se escandalizan de la "pajita en el ojo ajeno cuando tienen una viga tan enorme en el propio". Se podría preguntar cuál ha sido la forma de actuar y el significado de los grandes consorcios internacionales: Exxon, Shell, General Electric, United Fruit, Xerox, etc. etc. etc. También podríamos preguntar la definición y propósitos de la reciente Asociación Internacional de Energía. Sabemos la proposición de USA de mantener altos los precios internos del petróleo para hacerlo menos rentable y animar así a buscar otras fuentes de energía. ¿Será para ayudar a los países productores de esta materia prima o para volverlos mendigos de su proyectado monopolio de una nueva fuente? Da pena ver cómo se sacrifican los principios morales ante la simple posibilidad de una disminución de poder y posición social.

Sin embargo, todos estos interrogantes proceden de una posición ingenua. Ellos saben muy bien que sus instrumentos de actuación han sido toda la vida y continúan siendo fuerzas de dominación. Saben que los carteles, monopolios, chantajes, guerras, etc. son inventos de ellos. Y saben también que los pobres saben menos de eso y tratan de asustarlos con frases escandalosas y posiciones hipócritas. Saben, por fin, de la inclinación natural del pobre a la compasión y a la ingenuidad. Buscan despertar sus puntos de debilidad. Externamente son escándalos farisaicos y en el fondo posiciones políticas de dominación.

LA ESPERANZA ESTA EN LOS POBRES

No hay duda que la reunión de París ha demostrado que los pobres han apren-



París: La tormenta no trajo agua

dido a usar las armas de la competencia. Han sido capaces de mantener estratégicamente en acción tanto el arma económica como el de la solidaridad política. La retirada de los grandes es en sí una victoria. Significa que los grandes no se atreven a plantear batalla por miedo a perder. Nunca antes habían tenido que asumir tal posición. Podemos estar orgullosos de la actuación de nuestros representantes. Pero la lucha continúa en forma de parciales escaramuzas diplomáticas. En un contexto de competencia, la constancia en las posiciones estratégicas es condición indispensable para triunfar en la conquista de los objetivos propuestos. Animamos a mantener esta actitud tanto en el campo económico como en el de la solidaridad política.

Sin embargo, mirando al futuro, no parece que la competencia sea un instrumento apto para la paz y la justicia social. Está planteado un cambio radical en las reglas de juego en que se rige la humanidad. Los nuevos criterios mundiales de actuación deben de estar basados más en la valoración de la dimensión humana que en la tradicional carrera de la acumulación de bienes materiales. Más en el reparto e-

quitativo que en la producción descontrolada. Y esto no por simple convicción moralizante; sino por razones más burdas de supervivencia. En el proceso actual nos amenaza la destructiva guerra total y la imposibilidad de vida por contaminación ambiental. A pesar de ello, los privilegiados son los grandes opositores al cambio radical.

No poseemos el nuevo modelo, pero los datos indican que de los privilegiados no se puede esperar ninguna creatividad en este sentido. La esperanza está en los pobres. Sus actitudes, aun en un contexto de competencia, contrastan favorablemente con la dureza de los ricos. Los pobres tienen las reservas humanas menos gastadas y contaminadas.

Puede parecer, a primera vista, que nada se puede hacer sin el concurso positivo de los poderosos. Es una lástima perder la potencialidad de su aporte positivamente orientado. Sin embargo, dada su actitud, se presenta la alternativa de si no será necesario no contar con ellos y comenzar modestamente una nueva concepción de la vida solos los pobres. No hay duda que la esperanza del mundo está en ellos.